JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
674

Diana

LOS ENCANTOS DE LA VOZ.

18

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losencantosdelav00dian

LOS ENCANTOS DE LA VOZ.

COMEDIA ORIGINAL

EN UN ACTO Y EN PROSA

DE

Don Manuel Juan Diana

Y

Don Francisco Navarro Villoslada.

MADRID:

IMPRENTA DE DON ANTONIO YENES,

Calle de Segovia, núm. 6.

—

1844.

PERSONAS.	ACTORES.
Agustina Parreño.	*Sra. Perez. (Doña J.)*
Agustina de Mendoza . . .	*Sra. Chafino.*
Enriqueta Cobett, *inglesa.*	*Sra. Duran.*
Carolina, *muda.*	*Sra. Bueno.*
Don Luis de Vargas. . . .	*Sr. Alverá.*
Don Diego.	*Sr. Lumbreras.*
El Vizconde.	*Sr. Caltañazor. (D. V.)*
Don Gerónimo.	*Sr. Lopez.*

La escena es en Madrid: 1843.

Esta comedia es propiedad de la Sociedad de escritores dramáticos, la cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto único.

Sala adornada con elegancia. Ventana con reja y persianas al foro. Otra ventana á la derecha y cerca del proscenio. Puerta al mismo lado. Dos puertas á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON GERÓNIMO, AGUSTINA PARREÑO, AGUSTINA DE MENDOZA.

GERÓNIMO. Con que vamos, niñas, divertíos mucho; pero sin hacer locuras.

A. PARREÑO. Marche usted sin cuidado, señor don Gerónimo. Ya sabe usted que soy la formalidad en su punto. El motivo de haber suplicado á usted permitiese venir esta tarde á casa á mi amiga y tocaya Agustinita, su hija de usted, es el haber llegado ayer de Valencia una prima mia... la pobre... llena de hermosura... de gracia... de habilidades... ¡Oh, tiene unas manos que no se ven para toda clase de labores!... ¡uf! Mire usted, mire usted, casi todos esos cuadros están bordados ó pintados por ella... luego es una profesora en el piano; pero la pobre...

GERÓNIMO. Entiendo. Será hija de algun cesante... de un infeliz, de un cualquiera... ¡Eh, mérito, habilidades!... Es lo que sobra en el mundo. ¡Tonterías! lo que hace falta es el dinero.

A. PARREÑO. Pero si es rica.

GERÓNIMO. ¿Rica, eh, amiguita?... Famosos cuadros... ¡qué pincel tan delicado!... tan... tan... ¡Qué primores! Dígole á usted que la niña es una alhaja.

722846

A. Parreño. Sí; pero la pobre es muda.

Gerónimo. Tanto mejor; repito que es una alhaja.

A. Parreño. Eso es lo que dice mi hermano Diego... digo lo que decia Diego; porque ahora está ausente y no sé lo que dirá: una muger muda es una alhaja, un tesoro para un marido. Y ya vé usted, yo al oírselo me desespero, me encocoro, me endiablo... Vamos, me lleva pateta; porque cualquiera dirá que es una alusion personal á mi persona: cualquiera dirá que va á casarse con una muda aburrido de vivir con una hermana habladora, y que... no, señor, eso no lo aguanto... no lo sufro, no lo tolero. Podrán ponerme mil faltas... pero... sino desplego mis labios, sino chisto, sino...

Gerónimo. Cierto: eso está á la vista, digo al oido. Con que...

A. Parreño. Pues, señor, le diré á usted. Yo que me encuentro sola con mi prima la muda, y á mas á mas con una señorita inglesa á quien he convidado hoy á comer... hija de nuestro corresponsal en Lóndres... figúrese usted. Yo con mi genio, y entre una que no habla porque no puede y otra que tampoco habla porque no entiende jota del castellano... Digo, ¿eh? Pues con todo, no faltó conversacion en la mesa: yo les conté mis travesuras amorosas, y tuve la fortuna de no ser interrumpida.

Gerónimo. Travesuras, ¿eh?

A. Parreño. Sí señor. Travesurillas sin consecuencia, sin... Con que dije yo: la inglesa canta, la muda toca, mi tocaya Agustinita baila divinamente; yo canto, toco y bailo, con que todas cuatro podremos hablarnos con ese lenguaje del arte, con ese idioma universal de la música y coreografia mímica... ¿Le gustan á usted los bailes, señor don Gerónimo? Dicen que tienen mucha filosofia. Ya ve usted, la filosofia en este siglo ha bajado de la cabeza á los pies... ¡está por tierra!

Gerónimo. Sí, sí; bailar, triscar y cantar; eso es muy hermoso, muy saludable; nada de cuentos de travesuras...

A. Parreño. Sí señor. Pocos *recitados* y muchos *allegros*, ¿no es esto?

Gerónimo. Precisamente. (¡Qué traviesa es la niña!) Abur, pues. Cuando venga su hermano de usted, el señor don Diego, tendré mucho gusto en conocerle personalmente. Como recien llegados á Madrid, no ha podido ser toda-

via. (*Aparte á ella.*) ¡Y cuidado con las travesuras! Mire usted que para mi hija hablaria usted en griego: está como quien dice... ¿me entiende usted?

A. Parreño. (Me consta.)

Gerónimo. (Y aqui en confianza le digo á usted que la destino para esposa de su primo, el vizconde del Mimbre... Mi hija no debe casarse sino con un título; pero con un título millonario.

A. Parreño. ¡Hola! (*Aparte.*) ¡Cá! si el vizconde le destino yo para mí.

Gerónimo. A Dios, hija mia. A la noche vuelvo por tí.

A. Mendoza. A Dios, papá; cuando gustes...

Gerónimo. (¡Eh, eh! ¡Pobrecilla! Tiene los ojos cerrados... ¡qué! si no sabe una palabra de esas cosas. Lo del vizconde que quede entre los dos.)

A. Parreño. Pierda usted cuidado. (*Saluda y vase don Gerónimo por la derecha.*)

ESCENA II.

AGUSTINA PARREÑO. AGUSTINA DE MENDOZA.

A. Parreño. Tengo el honor de saludar á usted, señora vizcondesa del Mimbre.

A. Mendoza. ¿Qué dices?

A. Parreño. Y de darla el parabien...

A. Mendoza. ¿De qué?

A. Parreño. Y de poner en su noticia que ya no debe pensar un solo instante en sus aventuras de Villa-Hermosa, ni en su amante desconocido, ni...

A. Mendoza. ¿Qué disparates estás ahí ensartando?

A. Parreño. Por mil y una razones. Porque para usted estas cosas están en griego, porque no entiende usted una palabra de...

A. Mendoza. De fijo que no entiendo una palabra. ¿Te has vuelto loca?

A. Parreño. Porque tiene usted los ojos cerrados.

A. Mendoza. ¡Ojalá los hubiese tenido!

A. Parreño. ¿Con que todavia andas enamorada de ese romántico galan que se ha prendado de tu voz?

A. Mendoza. ¡Ah! Lo estaré toda mi vida.

A. Parreño. Entonces, respetarás mis derechos á la mano del vizconde.

A. Mendoza. Sí, sí; te cedo de buen grado ese muñequito de porcelana, ese figurin *parissien*, ese hombre epiceno...

A. Parreño. Ese vizconde que dará un título y un nombre ilustre á su esposa.

A. Mendoza. Sí, te lo cedo; y no creas que hago sacrificio alguno, porque el otro me trae trastornada, fuera de mí.

A. Parreño. ¿Pero quién es el otro?

A. Mendoza. Un hombre.

A. Parreño. ¡Lástima fuera! Salimos de dudas.

A. Mendoza. Pues no sé mas.

A. Parreño. ¿Y él tampoco te conoce á tí?

A. Mendoza. Tampoco. En las tres noches de carnaval que nos hemos hablado, ni aun me ha visto el semblante. Solo sé que se llama Luis, y solo sabe él que me llamo Agustina; y sin embargo está loco, frenético de amor.

A. Parreño. ¿Sin haberte visto? Ba, ba, creo que te alucina el amor propio.

A. Mendoza. ¡Ah! si asi fuese... moriria de pesar. Pero no, mi talle le arrebata, y sobre todo mi voz, el metal de mi voz tiene para él un encanto prodigioso, le causa un efecto mágico.

A. Parreño. Pero, muger, ¿cómo no le has enseñado la cara?

A. Mendoza. ¡Jamás! ¡ah, jamás!... Pero... Dios mio... Agustina, mira, mira... ¿Ves aquel arrogante mozo, moreno, ojos negros... que pasa por la acera de enfrente?

A. Parreño. Sí, sí; hermosa figura, aire noble, gentil...

A. Mendoza. ¡Él es, sí, él es!

A. Parreño. ¿Tu don Luis?

A. Mendoza. Sí, mi amante.

A. Parreño. ¡Ea! pues resolucion: vamos á salir de dudas. Esto se hace así. (*Llamando por la reja.*) Don Luis, señor don Luis...

A. Mendoza. ¿Qué haces?

A. Parreño. Yo me fingiré criada de casa. Déjame; hoy se han de acabar estos misterios. ¿Don Luis?

ESCENA III.

DON LUIS, *en la reja*, DICHAS.

D. Luis. ¿Quién me llama?

A. Mendoza. (¡Qué agitacion! ¡qué nervios! dando estoy diente con diente.)

A. Parreño. Aunque su mersé perdone... no se yama su mersé don Luis... de... de...

Luis. De Vargas. Tu servidor, prenda mia.

A. Parreño. (¡Don Luis de Vargas!) Estimando la güena voluntá. (*Aparte á Agustina de Mendoza.*) ¿Oyes? Don Luis de Vargas, mi prometido esposo... La cosa se va enredando.

A. Mendoza. (¡Dios mio!)

Luis. Sepamos qué es lo que quieres, niña.

A. Parreño. Dígame usted, ¿jase mucho tiempo que vino usted de la Habana?

Luis. Un mes há que desembarqué en Cadiz, y quince dias que estoy aqui.

A. Parreño. Sea en gracia. ¿Y no conoce usted por casualiá á una señorita que se yama doña Agustina Parreño?

Luis. ¡Cielos! ¿quién te ha dicho?

A. Parreño. No se nos asuste usted, vaya: que aqui ya sabemos que aunque viene á casarse con la tal Agustina Parreño, anda enamoricao de otra Agustinita á quien conoce por el metal de la voz.

Luis. ¿Eres tú? No; es imposible.

A. Parreño. Deje usted quietas esas persianas; miuste que si el ama oye ruido habrá la de San Quintin.

Luis. ¿Pero quién es tu ama? ¿quién eres tú? ¿quién te ha dicho todo eso?

A. Parreño. ¡Y qué ganas de saber trae usted del otro mundo! Dígame usted, y perdone la descortesía, si viene á casarse con esa señorita, ¿cómo no se presenta en su casa?

Luis. No; no me caso con esa señorita, no lo creas; díselo á tu señora, á tu señora que debe ser mi hermosa desconocida; esa cuya voz me encanta...

A. Mendoza. ¿Lo oyes, Agustina? ¿Me engañaba mi amor propio?

A. Parreño. (*A don Luis.*) ¿Y la señorita Parreño?

Luis. Huiré de ella como de la peste. Dicen que es habladora y casquivana... Si por no faltar á mi palabra me veo obligado á cargar con ella, al otro dia me pego un tiro...

A. Parreño. Puede ser que antes se lo pegue ella á usted, si es tan lenguaráz y tan atrevido...

Luis. ¿Tales humos tiene?

A. Parreño. No lo sabe usted bien. Con que cudiao. Tiene su mersé la fortuna de que la tal Agustina Parreño no quiso aguardar á que el novio viniese de tan lejos... podia naufragar y quedarse... por tierra... y no se ha descudiao.

Luis. ¿Pero á qué me hablas de ella? Háblame de tu ama, de mi encantadora Agustina...

A. Parreño. Esa no es mi ama, cabayero, y naa mas puedo decirle...

Luis. ¡Ah! Pues entonces, ¿á qué perder el tiempo? Adios, adios. (*Se va.*)

A. Mendoza. (*Acercándose á la reja.*) ¿Don Luis, señor don Luis? (*Se aparta de la reja sin que la vea don Luis.*)

Luis. (*Volviéndo.*) Esa, esa es la voz que me enagena, que me entusiasma... ¿Vives aquí, hermosa mia? Este solo descubrimiento me hace feliz. Sí; ahora te veré, veré tu rostro divino, aunque me sea preciso pasar un siglo clavado á la puerta de tu casa.

A. Parreño. Pues sin tantos aspavientos y sin que tenga que convertirse en poste ó guardacanton, puede usted verla.

A. Mendoza. No, no puede ser.

A. Parreño. Déjame á mí; ¿qué peligro hay?—Dé usted la vuelta á la otra calle, número 30, cuarto bajo.

Luis. ¡Ah! Te debo la vida; volando voy como un rayo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

AGUSTINA PARRENO. AGUSTINA DE MENDOZA.

A. Mendoza. ¿Qué has hecho? estamos comprometidas: si viene cualquiera... Si viene tu hermano...

A. Parreño. ¡Qué! no lo creas: precisamente no ha de venir hoy mi hermano.

A. Mendoza. Por otra parte estoy decidida á no descubrirme hoy á don Luis; sí, decidida.

A. Mendoza. ¿Toda la vida piensas estar así?

A. Parreño. ¿Cómo quieres que destruya en un momento todas sus ilusiones? que me resigne á verle alejarse de mi lado, frio, indiferente... ¡Ah! nunca.

A. Parreño. ¿Tan poca confianza tienes en tu hermosura? ¡Qué niñerias!

A. Mendoza. Es que se ha formado don Luis un retrato ideal de mi semblante, y temo que todo le parezca pálido y débil al lado de su fantástica imágen, y luego el vizconde...

A. Parreño. Hélo aqui.

ESCENA V.

AGUSTINA PARREÑO. AGUSTINA DE MENDOZA. EL VIZCONDE. *Luego* ENRIQUETA *y* CAROLINA.

A. Mendoza. (Viene á trastornar nuestros planes; ¡Maldito vizconde!)

Vizconde. Agustina, hermosa Agustina, *abracciami.*

A. Parreño. (No seas aturdido y saluda á tu primita.)

Vizconde. Agustina, me alegro... digo, estraño, es decir, tengo una satisfaccion en verte aqui...

A. Mendoza. Yo ignoraba que tratases con tanta franqueza á mi amiga.

Vizconde. La trato asi como tú, con la misma inocencia. Yo vivo entre vosotras, como que casi me confundo, me identifico, me deslio con el bello sexo.

A. Mendoza. Sin embargo, ahora será preciso que tu gusto no sea tan general; acabo de saber que nuestras familias nos han destinado al uno para el otro.

Vizconde. (Estás fresca.) Yo celebro...

A. Parreño. ¿Cómo, qué celebras?.... tu prima no te quiere.

Vizconde. ¡Qué fortuna! *mia cusina.* ¡Qué fortuna! Pues tengo la satisfaccion inefable de anunciarte que yo tampoco te quiero. (*A A. de Mendoza.*)

A. Mendoza. ¿Tampoco?

Vizconde. Justo. Vamos, es cosa admirable: ¡qué fraternidad! ¡qué equipolencia! ¡qué igualdad! ¡qué simpatías! Toma, toma un bomboncito por la noticia.

A. Parreño. No digas disparates, y ven conmigo. Estamos esperando á un hombre.

Vizconde. ¡A un hombre! Huyamos de aqui... Aborrezco, detesto á los hombres... pero, ¿será tal vez tu hermano? no; ese no es hombre, es un caribe, un antropófago.

A. Mendoza. ¿Qué te ha hecho? ¿Le tienes miedo?

Vizconde. Miedo no; pero así, una especie de horror que me hace huir de él con escalofrios y estremecimientos y palpitaciones: *di tanti palpiti*, desde aquella noche.

¡Qué noche! la oscuridad,
los relámpagos, el trueno,
noche terrible, en verdad.

¿No lo sabes, primita? Yo estaba allí, en la calle, al pie de esa reja, en dulcísimo arrullo con mi bella Agustina. Me acompañaba un lacayo por... por... el frio. Un asturianote tremebundo y formidable. Vino el hermano de la *mia cara*, me interpeló, le respondí; yo acostumbro responder á las interpelaciones cuando tengo un editor responsable como el asturiano. Me replicó, le repliqué, me amenazó y enmudecí; pero mi lacayo sin despegar sus labios le encajó un bofeton á mi señor cuñado, y... ¡qué barbaridad! le hizo saltar un diente; yo ví la sangre, yo huí de aquel sitio de horror, diciendo á mi lacayo:

E su voi ricada il sangue...

Yo estoy inocente *il juro*; pero D. Diego jura y perjura que me conocerá por la voz y que en oyéndome hablar no ha de dejarme una muela, y lo hará, sí, lo hará; le conozco, tiene unos puños hercúleos, un brazo de rinoceronte, y yo que soy tan enclenque, tan adamadito; pero siento pasos; ¿quién viene?

A. Parreño. La muda y la inglesa que estarán cansadas de esperarnos.

Vizconde. Ah! respiro.

ESCENA VI.

DICHOS. ENRIQUETA. CAROLINA.

A. Parreño. Agustina, vizconde, os presento á mi prima; ¡pobrecilla! oye perfectamente; pero no puede pronunciar una palabra. Esta señorita es la inglesa de quien os he hablado.

Enriqueta. Yourt servant (1).

A. Parreño. Ni entiende, ni sabe hablar una palabra en español. (¡Calla! me parece que oigo pasos. Ahí te quedas Agustina.) Vizconde, ven con nosotras.

Vizconde. Sí, sí, yo simpre con la mayoría. (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

AGUSTINA MENDOZA.

¡Cielos! él viene; ahora tengo menos valor que nunca para presentarme á sus ojos; mi alteracion, mi.... le voy á parecer fea, horrorosa, estoy tan descuidada. ¡Ah! no me verá por esta vez; desde este cuarto le hablaré. (*Entra por la derecha y cierra.*)

ESCENA VIII.

D. LUIS. AGUSTINA MENDOZA, *dentro.*

Luis. Es mucha casa, parece un palacio encantado, no veo alma viviente. ¿Tampoco aquí? ¡Calle! esto es singular. Sigamos atravesando habitaciones. (*Llega á la derecha.*) Cerrada, es decir, que este es el término de mis incur-

(1) Servidora de V.

Pues aqui me espero, tal vez se estará vistiendo... este instante es el mas crítico de mi vida.

A. Mendoza. ¿Señor de Vargas?

Luis. ¡Ah! su voz! señora mia.

A. Mendoza. Usted me perdonará sino salgo á recibirle..... tal vez le parezca á usted una estravagancia; pero...

Luis. ¿Hasta cuándo han de durar estos misterios? ¿quiere usted mas pruebas de amor y de constancia? ¿me quiere usted mas rendido, mas loco, mas desesperado? ¿He de conocerte al fin, ángel de mi vida?

A. Mendoza. Sí, me conocerá usted cuando esté segura de que mi semblante no le repugna.

Luis. ¿Pues qué acaso alguna imperfeccion?... imposible; tu semblante corresponde á tu porte y á tu talle. Debe arrebatarme, como ese tu acento dulcísimo y sonoro que hace latir mi corazon de una manera inusitada; pero aunque tu rostro no sea tan perfecto como yo presumo, ¿no es bastante para enloquecerme, para hacerme feliz esa discrecion, esa bondad que rebosa....

A. Mendoza. Sí, esa idea exagerada que ha formado usted de mí me retrae cada vez mas de descorrerle un velo engañoso.

Luis. Dí mas bien que quieres burlarte de mí. Abre, ábreme por Dios; pero oigo pasos...

A. Mendoza. Márchese usted, márchese usted.

ESCENA IX.

DON LUIS. D. DIEGO, *en trage de camino.*

Diego. (*Hablando con los de adentro.*) A las diligencias generales.... Que no se olvide el saco de noche.... Dale al zagal medio duro; siquiera porque no hemos volcado mas que dos veces. Con que mi hermana está dentro?—Ah! (*Viendo á D. Luis.*) ¿Quién será este caballero?

Luis. Beso á usted... (¿Quién será?)

Diego. Servidor. Quisiera saber en qué podemos complacerle.

Luis. Si me dejase usted el paso libre....

DIEGO. Qué quiere decir eso, caballero? Ignora usted que en mi casa...

LUIS. Ah! está usted en su casa!

DIEGO. Pues me gusta! Si señor, estoy en mi casa, y exijo de usted una esplicacion....

LUIS. Yo venia... es decir, preguntaba... y tengo que retirarme en este momento.

DIEGO. Esa turbacion!... Salir de aquí? Mal conoce usted á don Diego Parreño.

LUIS. ¿Con que es usted D. Diego Parreño?

DIEGO. El mismo soy.

LUIS. (Ah! Qué sospecha! Si fuese....) Caballero, permítame usted que le pregunte: ¿tiene usted una hermana?

DIEGO. Sí.

LUIS. ¡Oh! Ya lo sabia yo.

DIEGO. Pues pudo usted haber escusado la pregunta.

LUIS. Se llama Agustina?

DIEGO. Agustina.

LUIS. Tambien lo sabia.

DIEGO. Tambien está demas el preguntarlo.

LUIS. ¡Ah! mi corazon me lo anuncia. (Es ella, es ella! Pero qué pruebas tengo....?) Dígame usted... es Agustina traviesa?

DIEGO. Diga usted seo... Pues me gusta la pregunta! Que si es traviesa mi hermana!

LUIS. Digo si es capaz de... de seguir una broma: si va á las máscaras... si tiene voz...

DIEGO. Quiere usted que sea muda? Ea! basta de farsas. Dígame usted quién es, ó con las pistolas de viage... ahora mismo....

LUIS. Señor D. Diego, no tengo por qué ocultar mi nombre. Soy D. Luis de Vargas.

DIEGO. Cómo! Venga un abrazo, conde, mi futuro hermano.

LUIS. Sí, lo seré, lo seré. Porque estoy convencido de que una señorita que me hablaba ahora detras de esa puerta, es mi prometida esposa.

DIEGO. Mi hermana en estos enredos.

LUIS. Yo la conocí en Villa-Hermosa: la amaba sin saber quién era! Y aunque no he visto su rostro... Dígame usted.

DIEGO. Pero ¿á qué son tantas preguntas? Con verla basta.

LUIS. Es que si mi bella desconocida, no fuese su hermana de usted, desde ahora renuncio...

DIEGO. Cómo!

LUIS. De qué iba vestida el último baile?

DIEGO. De valenciana. Llevaba un corpiño de terciopelo encarnado...

LUIS. La misma! la misma! Otro abrazo señor D. Diego, otro abrazo. Vuelo á sus plantas... estoy impaciente por verla...

DIEGO. Ella vendrá. Agustina? Agustina? (*Llamando.*) Ya viene.

A. MENDOZA. (*Dentro.*) Sal, haz lo que te he dicho: quiero hacer una prueba.

LUIS. Ansiado momento! (*Agustina Parreño sale por la izquierda.*)

ESCENA X.

AGUSTINA PARREÑO. D. LUIS. D. DIEGO.—AGUSTINA MENDOZA, *dentro.*

LUIS. (*Arrodillándose.*) Ah!

DIEGO. Agustina!

LUIS. ¡Rostro mas divino! ¿Por qué, por qué, hermosa mia, me ocultabas tanto hechizo.

DIEGO. Vamos ¿con que le agrada?

LUIS. Me encanta, me enagena. Esta es la imagen que para mayor martirio me deja entrever mi fantasía. ¡Agustina! ahora que te veo, dime si soy amado.

A. MENDOZA. (*Desde la puerta.*) ¡Infeliz de mí!

DIEGO. Se conoce que le has dado malos ratos, Agustina.

LUIS. Todas mis penas las doy por bien empleadas.

A. MENDOZA. (*Dentro.*) Salió lo que yo temia.

DIEGO. Pero, chica, ¿no dices nada?

LUIS. ¿Nada me dice usted, señorita?

DIEGO. ¿Te ha sorprendido mi vuelta repentina?

LUIS. ¿No soy acaso el mismo para usted?

DIEGO. Agustina, ¿qué silencio es este?

LUIS. Hace bien: ya lo adivino. Sabe los maravillosos efec-

tos que hace en mí el eco de su voz; y no quiere volverme loco con una sola palabra.

DIEGO. Amigo, celebro mucho verte tan amartelado, tan rendido. ¿Quién lo habia de decir? Un casamiento arreglado tantos años hace, convertirse en un enlace de pasion. Pero vaya, dile algo, Agustinita.

A. PARREÑO. (*Queriendo disculparse y encogiéndose de hombros.*) ¡Eh! ¡eh! ¡Phs! (Pobre amiga mia y pobre D. Luis.)

DIEGO. ¿Muger estás muda? ¿quieres responderme de una vez? Tú que sueles hablar por los codos...

LUIS. ¡Qué sospecha! ¡Cielos! Señorita.

DIEGO. Esto ya pasa de raya, ¿Agustina que es esto? ¿qué tienes?

A. PARREÑO. Nada.

LUIS. ¡Esa voz!... otra vez, hable usted otra vez, ó sino... calle usted, calle usted, ¡enmudezca por toda su vida!

A. PARREÑO. (Gracias.)

LUIS. Si esa voz no fuese...

DIEGO. Prosiga usted.

LUIS. Si no fuese la de la muger á quien adoro, no podré cumplir la última voluntad de nuestros padres.

DIEGO. Ahora salimos con eso. Agustina, ¿qué embrollos son estos?

LUIS. Su silencio me confirma en que no es la misma.

DIEGO. Don Luis, eso de la voz hágaselo usted creer á su abuela; lo que veo yo es que es usted...

LUIS. ¿Qué soy? ¿qué soy?

DIEGO. Un mal caballero.

LUIS. Señor D. Diego, usted me dará una satisfaccion.

DIEGO. Cuando quiera. Sígame usted.

A. PARREÑO. ¡Dios mio! Querido hermano, ¿qué motivo?...

LUIS. ¡Basta, basta, no es ella! Pero ¿dónde está? Yo la escuché aquí mismo hace un instante.

DIEGO. Señorita, usted se aprovecha de mi ausencia para introducir á los hombres en mi casa. ¿Pero dónde está esa muger? ¿Quién es? ¿Quién ha venido mientras yo falto?

A. PARREÑO. Nuestra prima Carolina. Ayer te lo escribí...

DIEGO. Pero Carolina es muda... y... no quiero fiarme de tí.

A. PARREÑO. (*Llamando.*) Carolina, Carolina.

A. MENDOZA. (*A la puerta.*) Calla. Por algunos instantes de-

bo pasar por tu prima la muda. Es el único medio de escapar.

A. Parreño. (*Presentando á Agustina de Mendoza.*) Aqui tienes á la muda á quien tanto deseabas conocer. Carolina, te presento á tu primo y mi hermano.

Diego. Querida mia, dame un abrazo y perdona si me aparto de tí por breves instantes. Usted está haciendo burla de nosotros, y no puedo permitir...

Luis. Aseguro á usted, señor D. Diego...

Diego. Aseguro á usted, señor D. Luis, que tengo muchas ganas de lavar con sangre la ofensa que acabo de recibir.

Luis. Si tal es su empeño, vamos... pero no salgo de aqui sin haber visto á ese bello fantasma, cuya voz dulce, angelical...

Diego. ¡Dale con la voz! Voy creyendo que serán pretestos...

Luis. ¡Caballero!

Diego. (*A Agustina Parreño.*) ¿Hay alguien mas en casa?

A. Parreño. Sí; he convidado á comer á la señorita...

Luis. (*Interrumpiéndole.*) ¡Esa, esa es!

Diego. Yo lo veré. (*Vase por la izquierda, y sale despues con Enriqueta.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* D. DIEGO.

A. Parreño. D. Luis, váyase usted pronto, señor D. Luis.

A. Mendoza. (*Por señas le dice lo mismo.*)

Luis. Perdonen ustedes, señoritas; no puedo separarme de este sitio: aunque me cueste la vida, quiero ver á esa beldad misteriosa.

A. Parreño. Por Dios evite usted una catástrofe.

Luis. Mi amor y mi honra me mandan permanecer en este sitio.

ESCENA XII.

D. DIEGO. ENRIQUETA.—DICHOS.

DIEGO. Al fin la hemos encontrado. Señorita, aunque no tengo el honor de conocerla...

LUIS. ¡Señorita! ¡Ah! ¿baja usted los ojos? Se ruboriza usted en mi presencia? ¡Cuán feliz soy! No he visto un semblante mas divino. No hay ángeles en el cielo con quien comparar tanta hermosura. Perdonénme ustedes; no sé lo que me digo. Caballero yo he llegado al colmo de la felicidad. Ahora haga usted de mí lo que quiera: máteme usted.

DIEGO. No tendrá usted que rogármelo. Y usted, señorita, está dando pruebas de ser mas desenvuelta de lo que á su clase corresponde. (*A Enriqueta.*)

ENRIQUETA. Y dòut understand you (1).

LUIS. ¡Qué escucho!

DIEGO. ¡Qué jerga es esa?

ENRIQUETA. ¿What do yon say? (2).

DIEGO. ¿Se burla usted? ¿Qué clase de contestacion es esa?

ENRIQUETA. ¿What? (3).

LUIS. No es su voz. Tampoco es ella. Señor D. Diego...

DIEGO. Señor D. Luis, le comprendo á usted perfectamente. Pero, ¿qué es esto? ¿es una broma? ¿es una chanza? ¿Quién es esta señorita?

PARREÑO. Todo lo sabrias, si hubieses tenido calma para escucharme anteriormente. Aquí tienes á Miss Enriqueta Cobett, hija de tu corresponsal de Londres, que ha llegado hace pocos dias á Madrid, y que ha tenido la amabilidad de comer en mi compañia.

DIEGO. Señorita, perdóneme usted...

A. PARREÑO. Es escusado que te canses, porque no entiende el castellano.

(*Don Diego le hace cortesias.*)

---

(1) No les entiendo á ustedes.
(2) ¿Qué dicen ustedes?
(3) ¿Qué?

DIEGO. Pero usted debe ser un visionario de primer órden. Usted se enamora de cuantas vé y las olvida tan pronto como las oye hablar...

LUIS. Le juro á usted, señor D. Diego, que debe haber mas gente en esta casa.

DIEGO. ¡Pues qué! le parece á usted que es este algun colegio de señoritas?

LUIS. Pues yo oí...

A. PARREÑO. (¡Dios mio! ¡vá á dar mi hermana con el vizconde!...) Está usted equivocado aquí no hay mas señoras... (*Acercándose á la puerta de la izquierda.*)

DIEGO. ¿Qué es esto? ¡Oigo tocar el piano! (*Vase por la izquierda.*)

LUIS. ¡El piano! ¡Ella es, ella es! Aquellas manos tan delicadas, tan flecsibles... ¿Quién sino ella puede tocar el piano?

A. PARREÑO. Me va usted á comprometer. No pregunte usted por nadie mas. (Ya dije al vizconde que se escondiese...)

ESCENA XIII.

CAROLINA. D. DIEGO. DICHOS.

DIEGO. Aqui la tenemos: aqui la tenemos. ¿Por qué no es usted hombre, señorita? ¿por qué no es usted hombre, para que nos matásemos los dos? (*Salen ahora.*)

LUIS. (*A Carolina y arrodillándose.*) Con que al fin, señora, me ha otorgado el cielo la dicha de abrasarme en el fuego de sus divinos ojos?

DIEGO. No es esta ocasion de andarse con dibujos; pero sepa usted de paso que este caballero se abrasa en los ojos de todas, y que á todo el mundo tiene abrasada la sangre con sus...

LUIS. Hermosa Agustina, ¿por qué ese empeño en huir de mí? ¡Si supiese usted lo que he padecido!

DIEGO. ¡Si supiese usted el trastorno que vá á causar en esta casa! Este caballero iba á ser esposo de mi hermana y por usted... ¿Es esto regular? ¿Contésteme usted? ¿No merezco yo, estando en mi casa, el honor de una contestacion?

LUIS. Yo quiero oir esa voz que me electriza.

DIEGO. Yo tambien quiero saber...

CAROLINA. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

DIEGO. ¿Qué oigo? ¡Se rie usted! ¿Le parece á usted que el caso es para reirse?

LUIS. ¡Ah! esa risa me está revelando... ¡ah! ¡sí, me revela que eres tú!...

DIEGO. Y usted revela á todo el mundo, que es un tonto de capirote. Pero, señorita, hable usted, diga usted, discúlpese usted... (*Pausa.*) Agustina, prima, señora, demonios del infierno, ¿quieren ustedes decirme qué significa esto? (*Pausa.*) ¿Callan ustedes tambien? ¡Eh! Ya me voy enfadando de veras.

LUIS. (¿Qué será esto? Por Dios, que no las tengo todas conmigo.)

DIEGO. ¡Ea! ó me contesta usted ó hago un desatino.

CAROLINA. Ba, ba, ba.

LUIS *y* DIEGO. ¡Qué oigo!

DIEGO. ¡Vive Dios! No; pues esto es una burla pesada que debe acabar de veras. Caballero, sígame usted.

LUIS. Sí, voy, voy. ¿Pero cuál es mi hermosa Agustina?

DIEGO. Mi hermana es Agustina...

LUIS. (*A Agustina Parreño.*) Si hubiese usted fingido la voz, pero, no. (*Por Agustina de Mendoza.*) Esta señorita es muda. ¡Ah! ¿es usted? (*Por Enriqueta.*)

ENRIQUETA. But... (1).

LUIS. ¡Eh! no, no: mi corazon me lo dice... Señorita... (*Por Carolina.*) ¿Qué digo? Estoy furioso, estoy desesperado... voy á pegarme un tiro. (*Cogiendo una de las pistolas de viage que há traido D. Diego.*) (La que venga á detenerme aquella será Agustina.) Sí, á Dios para siempre.

LAS CUATRO DAMAS. (*Deteniéndole.*) ¡Ah!

LUIS. ¡Maldicion! ¡Todas parecen animadas de un mismo interés!... (*Deja la pistola.*)

DIEGO. Qué ¿deja usted la pistola? no señor.

LUIS. Sí; tiene usted razon.

DIEGO. El duelo ha de ser á muerte.

LUIS. A muerte.

---

(1) Pero...

ESCENA XIV.

LAS DOS AGUSTINAS, ENRIQUETA, CAROLINA *y á poco el* VIZCONDE.

A. PARREÑO. ¿Vizconde?
A. MENDOZA. ¿Cárlos?
A. PARREÑO. ¿Has escuchado?
A. MENDOZA. ¿Oiste?
A. PARREÑO. Se van á matar.
VIZCONDE. *Nol' crédete* amiguitas, *nol' crédete.* Estando yo de por medio no se mata nadie.
A. PARREÑO. ¿Encontrarás un medio?...
VIZCONDE. Encontraré mil.
A. MENDOZA. Agustina, cuán desgraciada soy. ¡Ni siquiera reparó en mí.
VIZCONDE. Tiempo nos queda á todos para lamentarnos. Vamos á evitar que se maten. ¿Harán ustedes cuanto yo les diga?
A. MENDOZA. Sí, sí.
VIZCONDE. Pues, bien Agustina, acércate á ese balcon y cuando atraviesen el patio llama á D. Luis. El vendrá volando. Ustedes se retirarán: yo le esperaré, le agarraré del brazo y cuando venga D. Diego ya no nos encontrará aquí, porque me le llevaré por esa puerta que da salida á la otra calle.
A. MENDOZA. Pero...
VIZCONDE. No hay que ponerme dificultades.
A. MENDOZA. Yo debo evitar que suceda una desgracia. (*Va al balcon.*)
A. PARREÑO. Pero Carlos, y si mi hermano...
VIZCONDE. ¿Tu hermano? buen cuidado tendré yo de no ponerme delante de él, y, sobre todo, de no hablar ¡oh! él conoce mi voz entre mil. ¡Qué demonio de lacayo! descargó tal bofeton sobre sus mofletes!...
A. MENDOZA. Ya pasan, ya pasan (*Alto.*) ¿D. Luis? ¿señor D. Luis? Soy yo, venid: ya se acabaron los misterios (*Bajando al proscenio*); que sube. Escondámonos.

VIZCONDE. ¿Te ha visto?
A. MENDOZA. No, no.
VIZCONDE. Adentro, adentro.
A. PARREÑO. Nosotras dos al menos. (*Vanse por la izquierda.*

ESCENA XV.

CAROLINA. ENRIQUETA. EL VIZCONDE.

VIZCONDE. Pues señor, yo sé que me espongo en alto grado; pero ¿cómo ha de ser? los hombres se ven á cada paso en estos lances. ¡Ah! ¡qué memoria la mia! ¿y si estuviese cerrada la puerta? No se lo he preguntado á Agustina. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XVI.

CAROLINA. ENRIQUETA. D. LUIS. *A poco el* VIZCONDE, *luego* D. DIEGO.

LUIS. Estoy cierto que me ha llamado: no hay duda que ha pronunciado mi nombre. Señorita... Con que... ¿cuál de las dos será?
CAROLINA. ¡Bá! ¡bá!
LUIS. ¡Santo Dios! pero... ¡Ah! ¿no he sido llamado por esa voz encantadora?
CAROLINA. (*Responde por señas afirmativamente.*)
LUIS. ¿Que sí? y ¿dónde está? ¿decidme, dónde está?
CAROLINA. (*Señala donde entró el vizconde.*)
LUIS. ¿Alli? (*Va á entrar.*)
CAROLINA. (*Le detiene y le dice por señas que la persona que le ha llamado va á volver.*)
LUIS. ¿Que va á salir?
CAROLINA. (*Responde afirmativamente.*)
LUIS. ¡Oh! gracias, gracias.
CRROLINA. (*Señala al vizconde que sale.*)
LUIS. ¡Cómo! ¿un hombre?... (*D. Diego sale al mismo*

tiempo que el vizconde, que queda cortado al verle; Enriqueta y Carolina se van asustadas por la izquierda.)

ESCENA XVII.

D. LUIS. D. DIEGO. EL VIZCONDE.

DIEGO. D. Luis.

LUIS. D. Diego, oí su voz, y su voz es para mí mas que el iman para el acero.

DIEGO. Pero... ¿qué es esto? ¿Este caballero estaba en mi casa sin mi noticia?... ¿este caballero se turba en mi presencia?... Este caballero... ¿Si será esta otra mogiganga por el estilo?... (*Pausa.*) ¿Quiere V. contestarme, caballero?... ¡Cómo! ¡vive Dios!

VIZCONDE. (Y no puedo hablar: D. Diego conoce mi voz.)

LUIS. D. Diego, le suplico á V. que no se altere. Mire V. yo tengo una sospecha endemoniada. Le contaré á V. lo que acaba de sucederme. V. ha oido como me han llamado desde ese balcon. V. me ha visto volar en busca de esa muger que á todos nos trastorna la cabeza; pues bien, yo he llegado á este sitio, yo he preguntado á estas señoras dónde se escondia ese ser fantástico. Me han señalado ese gabinete: iba á entrar en él precipitado: me han detenido diciendo que saldria ella misma, á tiempo que se presenta en la puerta este caballero, á quien se me ha querido indicar como autor de tantos enredos. V. y yo ignoramos por qué estraña combinacion se empeñan todos en no contestarnos: este caballero parece que tambien guarda silencio. Si fuese.... ¡Ah! si un disfraz.... Señor D. Diego, mire V. ese semblante. ¿No cree V. ver en esas facciones...

DIEGO. ¡Cómo! pues me hace V. sospechar... de todo son capaces las mugeres. ¿Podrá V. contestarnos? (*Breve pausa.*)

LUIS. ¿Ve usted?

DIEGO. En verdad que es estraño...

LUIS. ¡Oh! sí, sí; el corazon me dice...

DIEGO. ¡Caballero!

LUIS. (*A D. Diego.*) ¿Caballero? ¿podrá V. asegurar?...

DIEGO. Caballero, señora, ó demonio, esto ya pasa de raya. ¿Quiere V. sacarnos de dudas?

LUIS. ¡Oh! sí; ahora mismo han de acabar todas las dudas. (*Breve pausa.*)

DIEGO. Pero ¿si guarda silencio, si no nos desengaña?...

LUIS. Si no nos desengaña, es preciso que nos desengañemos por nosotros mismos.

DIEGO. ¿Pero cómo?

LUIS. ¿Pero cómo?

DIEGO. ¿Cómo? ¡vive Dios! yo encuentro aqui á un hombre: yo no veo aqui mas que á un hombre; pues reñiré con él como si riñera con un hombre, y le arrojaré por un balcon sin andarme con miramientos. (*Va á agarrarle á tiempo que sale Agustina Parreño y le detiene.*)

ESCENA XVIII.

AGUSTINA PARREÑO. DICHOS.

A. PARREÑO. Detente.

DIEGO. Dígame V. á qué sexo pertenece esta persona.

A. PARREÑO. (Salvaré al vizconde.)

LUIS. Señorita, sáquenos V. de dudas.

A. PARREÑO. ¿No lo adivinan ustedes? (*Aparte á los dos.*)

LUIS. Sospechamos que no pertenezca al sexo en cuyo trage le vemos.

A. PARREÑO. No se equivocan ustedes.

LUIS. Cielos! (*Cae de rodillas delante del vizconde.*)

DIEGO. ¿Con que al fin hemos dado con ella? de buena se ha librado V. señorita, (*Al vizconde.*) de buena se ha librado usted; pero ahora tengo yo ofensas que vengar, creo que no esperaré mucho tiempo, señor D. Luis?

LUIS. ¡Oh! sí, sí: nos batiremos, nos batiremos; yo me siento capaz de reñir con todo el género humano, Agustina, querida Agustina; ¿por qué ese empeño en no presentarte á mis ojos? ¡Ah! esta mano es la misma que estreché aquella noche, la mas feliz de mi vida. (*Pausa.*) Pero ¿nada tienes que decirme, querida Agustina? (*Otra pausa.*)

DIEGO. Esta casa es un colegio de sordo-mudos.

Luis. ¡Bien mio! ¿no me digiste desde ese balcon que se habian acabado los misterios? pues ¿por qué te obstinas en callar? ¿no sabes que te adoro? ¿que te idolatro con todo mi corazon?

ESCENA XIX.

D. GERÓNIMO. DICHOS.

Gerónimo. ¡Qué escucho! caballero, usted adora á mi sobrino?

Luis y Diego. ¡Su sobrino!

Diego. Caballero, ¿está usted seguro de lo que dice!

Gerónimo. ¿Cómo que si estoy seguro de lo que digo? este caballero es el vizconde del Mimbre, presunto esposo de mi hija; porque mi hija no debe casarse sino con un título; pero con un título millonario.

Luis. ¡Santo Dios! si fuese cierto... si eso fuese cierto... pero, yo estoy soñando, (*Por D. Diego.*) usted está soñando, estamos soñando todos.

Diego. Sí señor, estamos soñando todos, estamos todos endemoniados; pero por mi honor que se van á concluir tantos enredos. (*Entra en el cuarto de la izquierda y á poco sale por otra puerta siguiendo á las cuatro damas.*)

Gerónimo. ¿Qué tiene ese hombre? ¿Qué le sucede á ese caballero?

A. Parreño. ¡Dios mio! ¿qué va á ser de mí? ¿qué va á ser de nosotros?

Luis. ¡Ay! acaben de una vez estos embrollos.

ESCENA ULTIMA.

TODOS. *Las damas y el vizconde se agrupan al rededor de D. Gerónimo.*

Gerónimo. Caballero.

Diego. Silencio: nadie me ha de chistar hasta que yo lo

GERÓNIMO.
A. PARREÑO. } Pero....
A. MENDOZA.
VIZCONDE.
CAROLINA. ¡Ba!
ENRIQUETA. But... (1) } (*Los seis á un tiempo.*)

DIEGO. ¡Silencio! he dicho que silencio. (*Momento de Pausa.*) Ahora yo interrogaré á ustedes uno por uno, y cuidado con contestarme á mas de lo que yo pregunte. (*A D. Gerónimo.*) ¿A qué ha venido usted á mi casa?

GERÓNIMO. ¡Cómo! ¿está usted en su casa? entonces es usted el hermano de esta señorita. Celebro mucho...

DIEGO. Caballero, le he dicho á usted que no quiero conversacion. ¿A qué ha venido usted á mi casa?

GERÓNIMO. He venido en busca de mi hija.

DIEGO. ¿Cuál es su hija de usted?

GERÓNIMO. Esta señorita.

DIEGO. ¡Voto va! ¿está usted en su juicio? esta señorita es muda.

GERÓNIMO. ¡Cómo! ¿que mi hija es muda? Hija mia, prueba á este caballero que padece una equivocacion. (*Breve pausa.*)

DIEGO. ¿Lo ve usted?

GERÓNIMO. ¿Qué es esto?

DIEGO. De qué conoce usted á esta... persona? (*Por el vizconde.*)

GERÓNIMO. He dicho que es mi sobrino; pero mi hija.... me tiene con cuidado... Agustina!

LUIS. ¡Qué oigo!

DIEGO. ¡Silencio! ¿La llama usted Agustina?

GERÓNIMO. Sí, la llamo Agustina. ¿Por qué no me respondes? Mira que soy capaz de creer lo que me dicen. Si alguna desgracia... Hija mia!... Ahora que acabo de hablar con los padrinos y que queda definitivamente arreglada vuestra boda.

A. MENDOZA.
VIZCONDE. } Eso no. } (*A un tiempo.*)

---

(1) Pero...

LUIS. ¡Su voz!
DIEGO. ¡Su voz! } (*A un tiempo.*)
GERÓNIMO. ¡Qué escucho!

LUIS. ¡Agustina! encantadora Agustina! (*Dirigiéndose á ella y arrodillándose.*)

DIEGO. ¡Mal caballero! (*Dirigiéndose al vizconde que huye hácia D. Gerónimo.*)

VIZCONDE. Tio.

GERÓNIMO. Demonios del infierno! ¡Qué es lo que escucho! ¡Qué es lo que veo!

VIZCONDE. ¡Caballero!...

DIEGO. ¡Villano!

GERÓNIMO. ¡Silencio! Ahora mando yo que callen ustedes. Silencio! (*Breve pausa.*) Señorita, ¿se niega usted á casarse con su primo? (*A su hija.*)

A. PARREÑO. Este caballero es millonario. (*Por D. Luis, y contestando á D. Gerónimo por A. Mendoza.*)

GERÓNIMO. (¡Hola!) No es eso lo que yo pregunto. Agustina, ¿Rehusas casarte con tu primo?

A. PARREÑO. Este caballero es el señor conde de Montendido. (*Lo mismo.*)

GERÓNIMO. (Hola! hola!) (*A A. Parreño.*) Señorita.... (*A su hija.*) Responda usted.

A. PARREÑO. Agustina y el señor conde se aman. (*Lo mismo.*)

GERÓNIMO. (Hola! hola! hola!) Señorita, puesto que segun parece responde usted por mi hija... (*Al vizconde.*) Carlos, ¿amas á tu prima?

A. PARREÑO. (*Como respondiendo á D. Gerónimo y mirando á su hermano.*) Este caballero es el señor vizconde del Mimbre.

GERÓNIMO. ¡Eh! responde, ¿amas á tu prima?

A. PARREÑO. (*Lo mismo.*) Y solo espera el consentimiento de mi hermano...

DIEGO. ¡Cómo!

A. PARREÑO. Para llamarse mi esposo.

VIZCONDE. Pido á usted mil perdones por el pasado lancecillo, y deseo saludarle con el dulce nombre de hermano.

DIEGO. ¿Señor D. Gerónimo?

GERÓNIMO. Señor D. Diego, mi hija...

A. MENDOZA. Papá, su hija de usted no puede resolverse á nada sin saber si este caballero despues de haber visto mi semblante asegura que no le soy indiferente.

LUIS. Ah! yo juro que mi corazon es todo de usted.

DIEGO. Vive Dios! de estos amores clandestinos han nacido tantos enredos, tanto enmudecer.

A. PARREÑO. Es que hay entre nosotras una persona muda. Aqui tienes á tu prima Carolina.

DIEGO. (*Despues de abrazar á Carolina.*) Con que vamos, señor D. Gerónimo, hágalos usted felices.

A. PARREÑO. (*Al vizconde.*) Eso quiere decir que mi hermano aprueba nuestro enlace.

GERÓNIMO. Eso quiere decir, señorita, que usted se lo dice todo. Yo idolatro á mi hija y jamas trataré de violentarla: si es cierto que ama al señor conde, y que el señor conde la corresponde... yo veré... quiero decir...

A. PARREÑO. (*A A. Mendoza.*) ¿Lo ves? quiere decir que dés la mano al señor conde.

GERÓNIMO. ¡Demonio de muchacha! ¡qué modo de comprometerle á uno! pues bien; eso quiere decir.

LUIS.
A. MENDOZA. } ¡Ah!

A. PARREÑO. ¿Ves como no era solo tu voz lo que enamoraba al señor D. Luis?

LUIS. No era solo su voz; pero su voz tendrá siempre para mí los mismos encantos.

FIN DE LA COMEDIA.